

los dulces coloquios de mi Madre con mi Salvador resucitado. Por ahora, bástale á mi amor de Hijo entregarse á los arranques de alegría, guiado más bien por los sentimientos de mi corazón que por las indagaciones de mi espíritu. La Iglesia misma no ha pronunciado acerca de este alegre misterio más que una palabra de congratulación para María: *Regina celi, laetare, alleluia!*

Regocijaos, oh reina del cielo, porque ha resucitado, como lo predijo, Aquel á quien merecisteis llevar en vuestras sagradas entrañas. La dicha de aquellos á quienes amamos nos hace dichosos, y yo gozo en vuestra alegría.

Mas no se ha de limitar el gozo de María á la resurrección de Jesucristo; su corazón maternal lo ha de llenar de alegría el que salga de la tumba del pecado. Si tanto se regocijan en el cielo los ángeles, á quienes no tenemos el derecho de llamar hermanos nuestros, por la conversión de un sólo pecador; ¿cuál no será el gozo que sentirá la que es verdaderamente madre de todos ellos? No ha podido contribuir María á la resurrección de su Hijo, pero toma una parte inmensa en la resurrección espiritual de tantos prevaricadores que manchan el cristianismo. Regocijate, María, por este nuevo misterio de gracia, y nosotros, hermanos míos, procuremos no pasar de su seno al seno de la muerte del pecado, y levantémonos de nuestra tumba espiritual para gozar de nuevo en sus brazos. — (*Monseñor Pavy obispo de Argel, Mes de María.*)

ARTÍCULO V

PLATICA XXVI

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

La pureza de que hablamos ayer, es la compañera, ó más bien el fruto de otra virtud que sirve de base á todo el edificio de la santidad cristiana. Hablo de la humildad. No la conocieron los antiguos y por esta razón jamás pudieron hacer florecer la castidad virginal.

El evangelio lanza palabras muy terribles contra los orgullosos. «El que se ensalza será humillado,» dice: *Qui se exaltat humiliabitur.* Esta amenaza no sólo se cumple en la otra vida, sino que en esta la vemos cumplirse muchas veces. Cuando el hombre se complace en el pedestal que él mismo se construyó, Dios destruye el ridículo monumento de su fingida grandeza y lo hace caer en el fango. El

orgullosos cae generalmente en el fango de la impureza. Se ha dicho de algunas personas célebres que eran puras como los ángeles y orgullosas como los demonios. No disputaremos la exactitud de este aserto por respeto á la historia y á las personas á quienes se refiere: diremos simplemente que no es la regla general. La pureza no puede, sino por excepciones desconocidas, ser hija más que de la humildad. Hoy vamos á meditar, pues, sobre la humildad, y para ello nos transportaremos al Santuario de Nuestra Señora de Loreto, tan particularmente distinguido, que contiene la *Casa Santa*, donde pronunció la Santa Virgen ante el ángel Gabriel la sublime fórmula de la humildad: «He aquí la esclava del Señor.»

Si el hombre se deja dominar tan fácilmente por el orgullo, es porque su propia ligereza no le deja verse y conocerse tal como es. No necesitamos contemplar á los demás y conocer la humildad. Con sólo reflexionar acerca de lo que somos, comprenderemos que nada hay más insensato que pretender la estimación de los demás y estimarnos nosotros mismos.

¿Qué es la inteligencia, esa pequeña luz que brilla en el centro del universo sin alumbrarle? Esa luz se llama la razón; mas donde quiera que dirija sus investigaciones, ya hacia el cielo, ya hacia la tierra, no encuentra más que misterios. En cuanto comenzamos á saber algo, sólo sabemos que somos una miseria. Se admira y celebra á algunos hombres de ingenio que penetraron más allá que el resto de los hombres en las regiones de la verdad; pero al llegar al término de sus conocimientos exclamaron desalentados: «Nada sabe el hombre!» Y ¿qué somos nosotros, que nos confundimos con la muchedumbre de los ignorantes, comparados con ello? ¿Qué somos ante lo infinito? ¿Qué es lo que sabemos comparado con lo que ignoramos? Sentar estas proposiciones es reducir á la nada nuestras pretensiones de saber.

Echemos un velo sobre estos deseos y pretensiones. Nos avergonzaría conocer todos los desórdenes y vergüenzas á que han dado lugar tales pretensiones. El corazón del hombre es depravado é inescrutable, dice Jeremías: «*Pravum est cor hominis et inescrutabile.*» Tantos rencores y maldades, tantas perfidias y voluptuosidad, deben su origen á ese lugar en el que no nos atrevemos á penetrar. Y si tal es el espectáculo que nos ofrece lo más notable que hay en el compuesto del hombre, ¿qué deberemos pensar de su cuerpo, de esa masa de fango que envuelve nuestra inteligencia y nuestro corazón? Lástima dan ciertos mundanos que se envanecen de algunas ventajas exteriores y pasajeras de que han sido dotados, como una bonita mano, un pie pequeño y un rostro más ó menos bien delineado. Los que de esto se envanecen, se parecen á un mendigo que se pavona entre los harapos que le dieron de limosna.

Véase lo que les dice la Escritura: ¿Qué tenéis que no hayáis recibido? Y si habéis recibido todo lo que tenéis, ¿de qué os envanecéis? «*Quid habes quod non accepisti, et si accepisti unde tu glorians?*» Acordaos, oh soberbios, que sois polvo y que en polvo os habéis de convertir.

Yo he dicho á la podedumbre, dice Job, tú eres mi padre, y á los gusanos: Sois mi madre y mis hermanas. *Putredini dixi pater meus es, mater mea et soror mea vermibus.*

¿Deben enorgullecerse el polvo y la ceniza?—*Quid superbit terra et cinis?* Comprended, pues, que os engañáis los que creéis ser algo. *Si quis existimant se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit.* (Gal., V, 3.)

Añádase á esto, que el hombre, tan pequeño y miserable por sí, se ha colocado por sus pecados más abajo de la nada. Y lo que todavía es peor que no ser nada, es ser malo y pecador, y tener la audacia de levantarse contra Dios desde el fondo de su pequeñez. Este es el colmo del mal y por esta razón no sólo somos despreciables, sino dig-

nos de odio. Mejor hubiera sido para nosotros no haber nacido. (*Bonum erat ei, si natus non fuisset* (Matth., XXVI, 24.)

Esto explica el odio que tiene Dios á los orgullosos. *Odiibilis Deo superbia.* (Eccli., X, 7.) Les detesta sin piedad. *Superbis resistit.* En odio á este pecado precipitó en los infiernos á los ángeles malos, y durante toda su vida no cesó Jesús de combatir á los fariseos, á esos hipócritas orgullosos cuya raza se perpetuó en todos los siglos. En cambio fija sus miradas en los humildes. *Deus humilia respicit.* Para ellos son sus gracias y sus consuelos. *Humilibus dat gratiam,* (1 Petr., V.) *consolatur humilis.* Y cuando se complace en hacer algo grande entre los hombres, nunca busca á los grandes y á los fuertes, sino á los pequeños y á los débiles que escoge como instrumentos de su acción.

Por esta razón escogió á la Virgen María para que le ayudase en la obra que es por excelencia de su amor, la Encarnación de su Hijo. No busquemos en otra parte la causa de esta elección. San Bernardo nos dice que á pesar de lo agradable que le fué María por su pureza, no la hubiera adoptado por Madre sin su humildad perfecta.

Realmente nadie ha igualado ni podrá igualar jamás la humildad de la Santísima Virgen. Vástago de familia real, nació, sin embargo, en la oscuridad, y en vez de permanecer en el mundo para recoger los aplausos que sus encantos personales hubieran provocado, se encerró en la soledad del templo, lejos del ruido y de las alabanzas. Cuando el ángel Gabriel la saludó llena de gracia y le ofreció la maternidad divina, no le contestó sino estas palabras: He aquí á la esclava del Señor; yo no soy más que su sierva.

Algún tiempo después de su matrimonio comprendió que el corazón de su esposo abrigaba las sospechas más humillantes contra su virginidad. Una sola palabra se lo hubiera explicado todo á José; pero no hubiera sido dig-

na de su grandeza y no la pronunció, porque prefirió pasar por este sacrificio que no ha tenido igual.

Llegó el día en que las mujeres judías iban al templo á purificarse. Dejar de hacer lo que hacían todas hubiera sido singularizarse, y María, prefirió someterse á la costumbre de todas. Durante toda su vida permaneció fiel á la misma ley, viviendo en el retiro y desempeñando los trabajos domésticos más humildes y sin hablar jamás de su gloria. Sin embargo, no le era desconocida. Si en una sola circunstancia se vió como obligada á confesar las maravillas que Dios había obrado en ella, no lo hizo sino para que resaltara su humildad.

Tened presente que la humildad es tanto más admirable cuanto más elevada es la persona que se humilla, y cuanto más humilde es el lugar en que voluntariamente se coloca. ¿Cuáles no serían, pues, los méritos que bajo este concepto adquirió la Virgen? Nunca sabremos comprenderlos. ¡Ojalá que su ejemplo nos fuera siquiera provechoso! Nosotros, que carecemos de grandeza; nosotros que estamos llenos de vicios y defectos, creemos que valemos mucho y procuramos ostentar nuestros supuestos méritos. Dichosos los que aparapetados en la verdadera humildad, ocultan en la oscuridad de la familia y en la soledad los méritos que tienen á los ojos de Dios.

Si así lo hiciéramos, si apreciásemos debidamente los hombres y las cosas, seríamos verdaderos amigos de Dios, que es nuestro único amigo en la tierra.—ASÍ SEA.

MARIA EN LA ASCENSION DE JESUS

DIA VEINTISIETE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum, quo declinavit dilectus tuus?

Cant., V, 17.

Ipsa est qui ascendit super omnes caelos ut impleret omnia.

Ephes., IV, 10.

Nunc magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem. Quod si vivere in carne hic mihi fructus operis est, et quid eligam ignoro. Coarctor enim e duobus, desiderium enim habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis melius: permanere autem in carne, necessarium propter vos.

Philip., I, 22.

Et hoc confidens, scio quia manebo et permanebo omnibus vobis ad profectum vestrum, et gaudium fidei, ut gratulatio vestra abundet in Christo Jesu in me, per meum adventum iterum ad vos.

Id., Ibid.